

En nuestros días la comunicación familiar es parecida en muchos casos. Cuántas veces termina en unos abusos verbales (que muy difícilmente se sanan) o físicos que a su vez resultan en problemas con la ley, los vecinos, los familiares, y aun separaciones y rencores de larguísima duración. Me parece que necesitamos una especie de reglas bíblicas y prácticas para evitar tales consecuencias graves o aun fatales, especialmente cuando hay un conflicto entre miembros de la familia.

Alguien me dirá: “¿Por qué dices esto a tus amigos cristianos?” La experiencia me ha enseñado que es necesario poner freno a las malas comunicaciones que actualmente están experimentando algunos matrimonios de cristianos. Si ahorita tienes malas comunicaciones en tu familia, aunque sean menores, necesitas saber que es un mal que crece hasta llegar a ser un problema grandote.

Me hace pensar en la historia de un cazador que encontró un cachorro de tigre. Lo llevó a su casa y lo crió. Era manso y bien educado por años pero por supuesto ya no era un cachorrito sino un animal de tamaño enorme. Un día el amo se cortó la mano en su trabajo. Se echó a descansar un rato en su cama. El tigre vino y empezó a lamerle la herida. Se sentía tan bien que el cazador se durmió. Y nunca despertó. ¿Por qué? Porque en aquel animal se despertó lo que era su natural gusto por la sangre y carne humana. Su amo era ya nada más que un banquete rico para aquel tigre “amansado”.

¿Tienes un tigre en tu casa? ¿Está bien controlado ahorita? ¿Está creciendo? Amigo, es cuestión de tiempo y oportunidad. Aquella fiera te puede devorar.

Por esto la Biblia habla mucho de la comunicación buena y nos advierte de la mala tan peligrosa. Me atrevo a ofrecer algunas “reglas” para tu familia tomadas de la Biblia y mis años de trabajar en el discipulado de la familia.

1. “ En las muchas palabras, la transgresión es inevitable, mas el que refrena sus labios es prudente.” Prov. 10:19

Decidan hablar poco y refrenar palabras que no vayan a ayudar y edificar a otro. Este es el problema principal en la comunicación familiar: decimos demasiado y luego no podemos borrarlo de la memoria del otro. Hay una cosa peor que “no hablar” (que también es malo) y eso es hablar demasiado y no refrenar la lengua. Si deciden hablar poco y claramente sin añadir, repetir y olvidarse de que el otro también tiene que hablar, es una gran ayuda.

Algunos casi necesitan poner un límite en términos del tiempo que van a hablar porque no saben “aterrizar”. “El hombre prudente guarda silencio” (Prov. 11:12) porque sabe que hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar (Ecl. 3:7). El tiempo de callar es cuando el otro está hablando. Parece que los buenos modales no se aplican mucho “en familia”.

2. “ Hay quien habla sin tino como golpes de espada, pero la lengua de los sabios sana.” Prov. 12:18

Hablar sin tino es hablar sin pensar o como la mayoría habla “mientras piensa”. Este es una receta para el fracaso en la comunicación familiar a menos que hablen sin emociones negativas que hacen daño a otros. Las palabras de la sabiduría de arriba son primeramente puras, después pacíficas, amables, benignas, llenas de misericordia y buenos frutos, según Santiago 3:17. Por esto las palabras sabias sanan y no hieren. Pablo dijo: “No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino sólo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan” (Ef. 4:29).

Los que hablan poco suelen guardar sus palabras como pensamientos y luego los sueltan sin pensar en el otro. Los que hablan demasiado dicen, y dicen, y dicen, tanto que los otros ni les escuchan. La comunicación familiar requiere un pensamiento maduro entrenado por el conocimiento de la Biblia en vez de las ideas de los hombres, de nuestra cultura o de nuestro egoísmo natal.

3. “La suave respuesta aparta el furor, mas la palabra hiriente hace subir la ira.”
Prov. 15:1

El 95% de los argumentos familiares podrían evitarse con esta regla sencilla. Es natural responder como fuimos tratados. Es sobrenatural, espiritual, divino responder suavemente con amor. La carne humana es el problema; no lo que dijo el otro, sino qué voy a responder. ¿En mi carne? ¿En el Espíritu Santo? A veces es más sabio no responder nada, pero si puedo responder en el amor que busca el bien del otro, estoy en el buen camino de sanidad. “La lengua apacible es árbol de vida.” Prov. 15:4

4. “El oído que escucha las reprensiones de la vida, morará entre los sabios.”
Prov. 15:31

Nuestra primera necesidad en la comunicación familiar es saber oír. No oímos cuando hablamos mientras otros están hablando. El que habla sólo está moviendo el aire con palabras si el otro no está escuchando. Y no estamos aprendiendo mucho cuando hablamos. Pensamos que el otro tiene que oír, aprender, recibir nuestra sabiduría, así que llenamos el aire con palabras que no se escuchan. ¡Qué inútil es esta clase de “comunicación”! La diferencia entre escuchar palabras y oír lo que el otro me quiere decir es a veces muy grande.

Quisiera continuar con el tema de la comunicación familiar del mes pasado en el libro de los Proverbios. Hemos visto algunos puntos importantes pero hay otros que necesitamos entender para poder usar la lengua para bien y no para mal. Si mantenemos firme nuestro propósito de agradar a Dios en todo lo que hacemos, podemos glorificarle con nuestras vidas (I Cor. 10:31 y Col. 3:17). La clave es la mente, o sea, nuestro corazón, de donde salen tanto las palabras como los hechos. Proverbios 4:23 dice: “Con toda diligencia guarda tu corazón porque de él brotan los manantiales de la vida.” Aquí está la importancia de tener el corazón lleno de la Palabra de Dios para que nos limpie y guíe en todo lo que hacemos o decimos. “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti” (Salmo 119:9,11). Si no

estamos haciendo todo lo posible para llenar la mente de Su Palabra, no va a ser posible controlar nuestro hablar.

Ahora bien, regresando a Proverbios, vamos a continuar con más principios importantes para nuestra comunicación:

5. “Del hombre son los propósitos del corazón, mas del Señor es la respuesta de la lengua” (Pro. 16:1). Todos nosotros tenemos muchas opiniones, creencias, ideas y planes para nuestras vidas y desgraciadamente para las de otros también. Esto crea un problema porque muchas veces nuestra comunicación es sólo al nivel “humano”, o sea, la carne humana está hablando. La buena comunicación es la que viene del Señor para iluminar nuestro corazón con palabras espirituales. La respuesta divina muy raras veces es la que está en la punta de la lengua. Más bien, es la que se piensa primero, se compara con la Palabra de Dios y se pide confiando en el Espíritu de Dios. Qué bueno sería si todos practicáramos diariamente la oración de David: “Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón...” (Salmo 19:14).

6. “El sabio del corazón será llamado ‘prudente’. y la dulzura de palabras aumenta la persuasión... pañal de miel son las palabras agradables, dulces al alma y salud para los huesos” (Pro. 16:21,29). Especialmente en el círculo familiar necesitamos esta disciplina para guardar nuestros labios de palabras groseras, ásperas, griterías y necedades (Ef. 4:29). No sé por qué es que cosas que nunca diríamos en público o con gente que apreciamos lo decimos en el seno del hogar. Donde deberíamos tener más respeto y cuidado de no lastimar es donde es más común oír palabras feas e indignas de un cristiano. Yo sé que esto es un problema en muchos hogares de cristianos hoy en día y creo que es porque no hay un temor de Dios en nuestro tiempo de costumbres mundanas aprendidas del cine, la TV, las novelas y la calle, y traídas al hogar. ¿Está Dios en nuestro hogar? ¿No le entristece mucho oírnos? ¿Cómo serían nuestras familias si nuestra comunicación fuera siempre una dulzura, dulce como la miel? Así debe de ser, amigos.

7. “Muerte y vida están en poder de la lengua...” (Pro. 18:21). Esta frase es aterradora cuando la aplicamos a la comunicación familiar. ¿Sabes que tus palabras pueden matar? ¿Cuántas palabras críticas, mentirosas, hirientes han matado el amor de la pareja? ¿o el cariño que los hijos tenían para sus madres o padres? Se ha comprobado que las rencillas y pleitos han causado enfermedades serias y hasta mortales. Muchos asesinos hay que nunca serán acusados ante los tribunales porque asesinaron con sus palabras, no con armas de fuego. Pero, ¿sabes que tus palabras pueden ser de vida también? Pueden dar vida y salud mental y física o de vida espiritual. Las palabras de vida son las que Cristo nos enseña porque, como Pedro dijo una vez, “Tú tienes palabras de vida eterna.” Sí, amigos, la comunicación familiar es un asunto muy serio. Debemos estar siempre compartiendo Su Palabra en la familia.

8. “El que guarda su boca y su lengua guarda su alma de angustias” (Pro. 21:23). La angustia del alma más grande para muchos cristianos es la que fue el resultado de malas comunicaciones en su hogar. Las palabras negativas son recordadas y quemadas como carbones encendidos en el alma. Es terrible cómo los cónyuges

pueden citar, palabra por palabra, lo que dijeron sus parejas en momentos de enojo cuando se perdió el control de la lengua. En el capítulo 3 de su epístola Santiago escribió elocuentemente sobre el problema de guardar la lengua. Léanlo y mediten en sus enseñanzas sobre este problema:

¿Cuál es la marca de un hombre maduro? (v.2)

¿Cuáles son los peligros de una lengua no refrenada? (vs.5,6,8)

¿Por qué debemos evitar las malas comunicaciones? (vs.9-12)

Amigos queridos, hay mucho que aprender acerca de la buena comunicación en la familia. Hemos visto sólo un poco de lo mucho que habla Proverbios y toda la Biblia del uso de la lengua y del poder para bien o mal de nuestras palabras. Lo que espero, con la ayuda de Dios, es hacernos todos más conscientes de nuestra necesidad de la gracia del Señor en esta área de nuestra vida cristiana para que seamos congruentes e íntegros como hijos de Dios en un mundo corrupto de raíz en las comunicaciones.

Tal vez, como Isaías (6:5) necesitamos confesar a Dios:

“¡Ay de mí! Porque perdido estoy,
pues soy hombre (mujer) de labios inmundos
y en medio de un pueblo (mundo) de labios inmundos habito.”

El Señor nos puede limpiar nuestros labios y corazones por el poder de la sangre de Cristo (I Juan 1:9) y del Espíritu de Dios quien es el Espíritu de poder, amor y dominio propio (II Tim. 1:7).